RAMON VILLARINO DE SAÁ

Piedras galayas

DRAMA

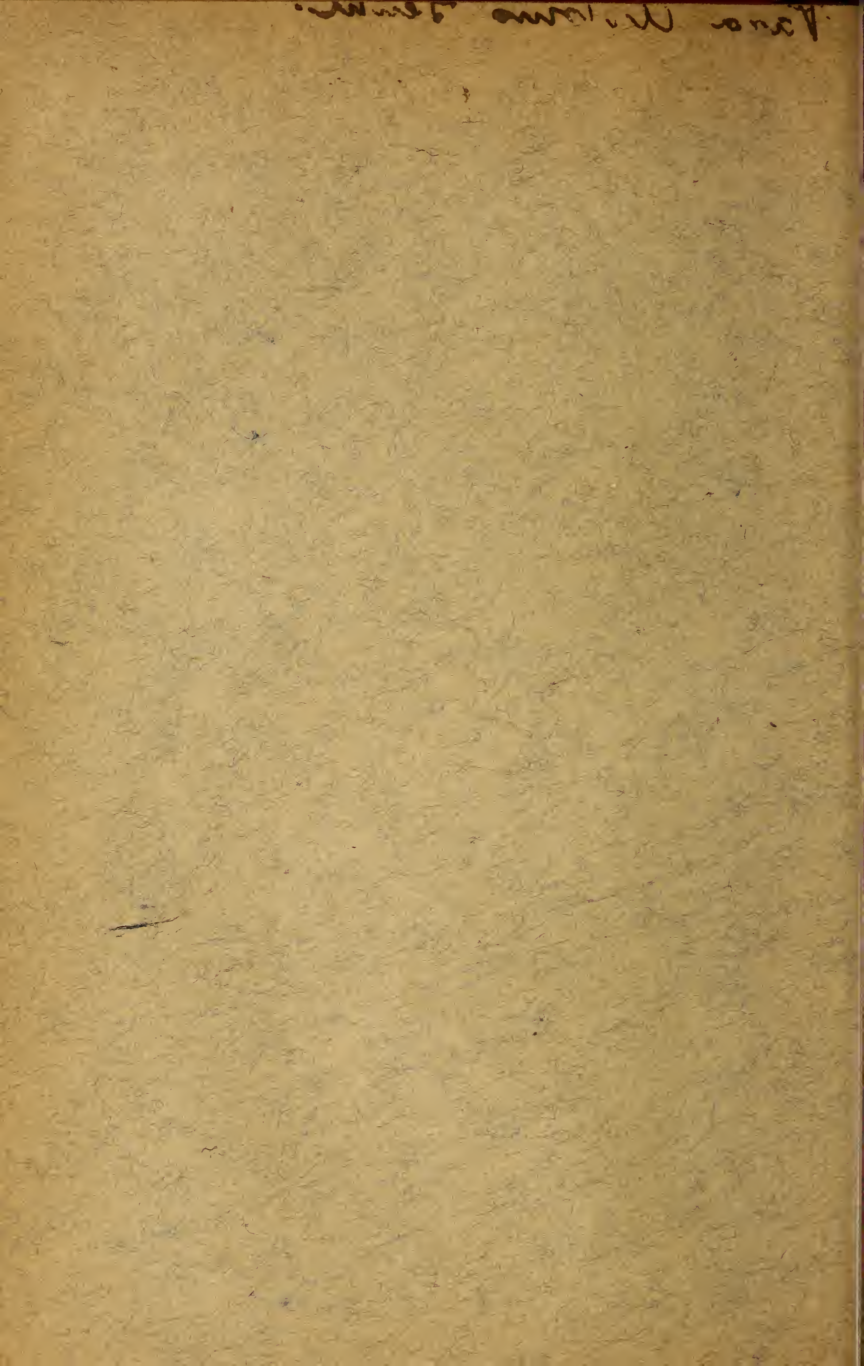
en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

6



Para Antonio [illegible].

al querido amigo y simpático pri-
mer galán joven con la cariñosa ad-
miración de

[illegible]

11-18.

PIEDRAS GALAYAS

PIEDRAS GALAYAS

DRAMA

en tres actos, en prosa

ORIGINAL DE

RAMON VILLARINO DE SAÁ

Estrenado en el TEATRO CERVANTES de Madrid, el jueves 10 de Enero de 1918

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

A doña Dolores Sánchez,

Viuda de Eguiluz.

Respetuosamente,

Ramón Villarino de Saá.

Fuera ingratitud dejar de consignar en estas primeras páginas, el nombre del gran trágico Cecilio Rodríguez de la Vega y al lado de su nombre, mi agradecimiento, no sólo por su labor, sirviendo la figura del *Señor Juan* de PIEDRAS GALAYAS, sino por el hecho de haber firmado mi tarjeta de presentación en Madrid.

A los demás intérpretes de esta modesta obra, alcanzan también mis sentimientos de cordialidad y de gratitud, ya que todos ellos supieron dar vida y emoción a sus pobres escenas.

V. de Saá.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA.................	Antonia Arévalo.
TÍA EUSEBIA............	Dolores Valero.
MARI-PEPA..............	Clotilde Delafuente.
MILAGROS..............	Mercedes Cuenca.
SEÑOR JUAN............	Cecilio Rodríguez de la Vega.
PEDRO...................	Rafael Torres Esquer.
JUAN ANTONIO.........	Manuel Serrano.
ANTÓN..................	Ricardo Cuenca.

Epoca actual.—La acción en una aldea de Galicia

ACTO PRIMERO

Representa la escena una cocina de casa labriega, acomodada y rica.

En primer término del lateral izquierda una chimenea de amplia campana. El hogar encendido. Colgado de la chimenea un velón de tres torcidas y un farol. Este preparado y apagado. Del centro de la chimenea baja una cadena de la que cuelga un «pote» de hierro que está sobre el fuego. En éste trébedes, potas, etcétera.

Al lado del hogar un escaño de madera y sillas de paja de diverso tamaño, distribuídas por la habitación. En el otro extremo una mesa de pino desnuda. Hay también un vasar, gran espetera, una artesa que contiene maíz y cestos con patatas.

Casi al centro del fondo hay un banco con dos rodeles para sostener los cántaros que contienen el agua y entre las dos ollas un jarro de barro amarillo de dos asas.

—

(TIA EUSEBIA está sentada cerca del hogar; a su lado MARI-PEPA, que es casi una niña, dormita.)

Eus. Anda, Mari-Pepa, anda; espabila el sueño y baja al establo.

M. Pepa Válgame Dios y tener que bajar con la noche perra que hace.

Eus. Mimosas sois las mociñas de ahora; que en mi tiempo no parábamos a pensar la noche que hacía, si habíamos de trabajar y era necesidad. Hogaño parece que os trocaron la sangre y da pena veros. Tembláis como espadañas.

M. Pepa ¡Ah!, tía Eusebia, bien se ve que usted no ha de bajar; si no mala cara había de poner-

le al aire de la sierra que diz es traidor como un puñal.

Eus. Traidor y todo, si ronda hubiese, no faltarías. Para eso todas las noches son buenas y mejores éstas en que no hay lunar y el frío obliga a arrimarse...

M. Pepa ¿Lo dice por experiencia, tía Eusebia?

Eus. ¡Deslenguada! Miren la mala pécora cómo se espereza. Sí; ahora sois listas para lo malo y sabéis más picardías que sabíamos nosotros cuando caminábamos hacia la Iglesia.

M. Pepa No se enfade, tía Eusebia, y quede todo como estaba antes.

Eus. ¡Malpocada! Se hace la humilde y falta á los viejos que quieren enseñarle su obligación. No, no; como agradecida sí lo eres... pero ya tendrás tu pago, que vieja has de ser...

M. Pepa Va para largo.

Eus. Todo llega y eso ha de llegar antes de lo que tú quisieras; que los dientes aun siendo buenos se pierden, y las torres aun siendo fuertes se desmoronan. Eso lo sabes tú; pero aún has de aprenderlo mejor. Tiempo te queda para verlo.

M. Pepa Tataratá. Deje la conversación y encienda el farol, que si he de bajar, mejor es que baje antes que sea más tarde.

Eus. Prisa te entró ahora; pero anda, trae el jarro del señor que hay que ponerle cerca de la lumbre y coge dos tazas de maíz para el caballo.

M. Pepa Come mucho y está delgado. Parece que le echaron mal de ojo.

Eus. Posible es, Mari-Pepa, posible es; que mucho desagradecido hay, y siempre se tiene algún enemigo. ¿Pero quién sería?

M. Pepa Líbreme Dios de pensar mal.

Eus. Amén. Mas yo ya anduve cavilando y, o mucho me equivoco, o es la que yo pienso.

M. Pepa ¿Y quién, tía Eusebia?

Eus. La señora Antonia.

M. Pepa Se equivoca... Se equivoca...

Eus. Te digo que no. Como su hijo anda tras de la hija del señor...

M. Pepa Y le hace cara.

Eus. Te digo que no. ¿Piensas que ella había de hacerle cara al primero?

M. Pepa ¡Ni que le hiciera favor!

Eus. Eso lo dices tú, porque si bien se mira...

M. Pepa El es buen mozo. (Tía Eusebia asiente.) Y guapo. (Nuevo asentimiento.) Y sabe trabajar...

Eus. ¿Y qué más, Mari-Pepa, qué más?

M. Pepa ¿Y qué más quiere tía Eusebia?

Eus. Pues... lo que le falta. ¿Crees que el señor ha de darle la Aurora a quien no tenga lo que ella tiene?

M. Pepa Entonces ha de ir pensando en encargarle un mozo.

Eus. Y lo encargaría si fuese preciso, que mucho poder tiene. Pero no lo es que el Juan Antono, por su causa, fué a América y vendrá pronto.

M. Pepa Su madre dice que no piensa en venir, y en la aldea se cuenta cada historia...

(Se escuchan pasos fuertes y en la puerta aparece el SEÑOR JUAN.)

Juan ¿Bajásteis al establo?

Eus. Mandé a la Mari-Pepa que bajase y le tuvo miedo a la noche.

M. Pepa La dije que encendiese el farol y ahora iré, señor.

Juan Sí, sí; ahora iré. ¡Remilgosa eres! Si galán te esperase, tiempo haría que en la puerta estabas. Pero la hacienda del amo que la lleve Judas.

M. Pepa No, señor Juan. Más cuidadosa soy para la hacienda suya, que había de serlo para la mía, que si mía fuese, no la acomodaría hoy.

Juan Claro, entonces tendrías quien te lo hiciese. (Tía Eusebia le da el farol.) Acomoda bien el caballo, que mucho come y nada engorda. Parece que su pienso lo traga el diablo.

M. Pepa Pues se le da a él, mi amo.

Juan No sé, Mari-Pepa; pero si me entero, malas se las guardo, para quien me robe.

Eus. ¡Ay, señor! Así la tierra me falte, como nunca cosa ajena tomé.

Juan Lo sé, lo sé. Pero las cosas que tú no tomas desaparecen, y alguien las lleva.

M. Pepa ¡Por Dios, señor! Que nunca mis manos se mancharon y antes ciegue que tal vea.

Juan Calla, que no pienso mal, y de vosotros menos. (Suenan unos golpes en el portón.) Baja, Mari-Pepa, y abre de paso. No sé quién pueda

ser. (*Sale Mari-Pepa y hay una pausa. Señor Juan se sentó al lado del hogar.*) Hace frío, tía Eusebia. ¡Mala noche para ladrones y peregrinos! De éstas gustaba yo cuando mozo. ¿Te acuerdas?

Eus. Calle, señor. Cosas hay que se olvidan desde que pasan.

Juan ¿Las olvidaste tú? Guapa eras entonces y carne blanca como la tuya no la había en el lugar. ¡Te lo fío yo! Por ti, y sólo por ti salía el señor Juan de su casa a Porticelo. ¡Qué noches perras hacían entonces! Mala era la senda, camino de lobos, y yo la corría todos los días y de buena gana. ¿Te acuerdas?

Eus. ¿Y no he de acordarme? Y me acuerdo también de cuando me casaste con el casero de Andrada.

Juan Buen mozo era. Poco pudiste extrañarme.

Eus. Y más saudades tuve. Bien lo sabes.

Juan Verdad es, que siempre veniste a pagar la renta.

Eus. Y tú la cobrabas bien satisfecho.

Juan Nunca te la medí.

Eus. Pero siempre la aforaste.

Juan Algo había de hacer. Gusto en ello teníamos los dos.

Eus. Es verdad. Te casaste luego y poco llevaste casado.

Juan Al nacer Aurora murió su madre.

Eus. Mucho señorío tenía.

Juan Como su hija.

Eus. Me dijeron que Pedro la rondaba.

Juan ¿Y lo crees tú?

Eus. No lo creo; pero pienso que al dicho debías poner remedio. Que nadie lo piense, ya que no es verdad.

Juan Y he de ponérsele hoy; que la Aurora me dijo que él vendría esta noche y he de hablarle claro. Muy altos puso los ojos el ahijado y se va a quedar ciego. ¡Te lo fío yo! (*Se abre la puerta y entra* MARI-PEPA *y* PEDRO. *Este se descubre y da vueltas a su sombrero, mientras escucha y más vueltas aún en tanto habla.*)

Pedro ¡Bendición Señor! La paz de Dios os acompañe.

Juan El sea loado.

Eus.
M. Pepa } Amén.

Juan ¿Vienes de la aldea?

Pedro De allí vengo, señor.

Juan Oscura y fría esta la noche. ¿Cómo saliste con ella de casa?

Pedro Tenía que hablarle.

Juan Con noches como ésta, cuando mozo era, sólo salía yo si parrafeo había y la moza era guapa y escurridiza. ¿Y tu padre anda bien?

Pedro Bien anda. Solo la gota le muerde.

Juan Le has de decir que no se olvide de mi fiado. Hace ya mucho tiempo que lo tiene allá, y cada uno precisa de su gobierno.

Pedro Pensó que le había pagado.

Juan ¿Eh? Bien sabe que no; que si pagó los intereses, la hanega de centeno aún no pudo devolverla, y pasaron ya años desde que se la presté.

Pedro Hace quince, señor; mas cómo cada uno pagó un ferrado, le parece que bien pagá está con los intereses. Usted sabe que siempre fué puntual.

Juan Es cierto, mas eso no tiene que ver. Vaya, tía Eusebia, llene el jarro bien, que Pedro trae frío y le ha de gustar calentar el estómago. ¿Me equivoco? ¿Sí? ¿Y luego, no bebes?

Pedro Hay cosas a las que los pobres no pueden acostumbrarse. Gustarme, sí me gusta. Pero no bebiéndole, no le recuerdo y paso mejor sin él.

Eus. Juiciosamente hablas, aunque mozo eres.

(Entran AURORA y MILAGROS.)

Aur. ¡Hola, Pedro! Déjame sitio a tu lado que junto a ti he de sentarme.

Mil. Parece que tarda el Antón.

Eus. No se perderá; no creo que haya antojados.

Mil. No muerde en las viejas.

Eus. Porque tienen ya uñas y saben arañar. No por otra cosa.

Mil. Quién sabe si llegado el caso las esconderían como los gatos.

Eus. Parece que te se hace miel en la boca.

Mil. Cosas de la edad. En la suya ha de ser vinagre.

Juan Te ganó la vuelta, Eusebia. Te ganó la vuelta. (Ríe.)

Pedro El Antón en tu casa quedaba...

Mil. Pudiste callarlo más tiempo.

Eus. Con la prisa que tiene ella.

Mil. Y gracias a Dios, que hay por qué tenerla. Vaya, descansar todos. (Sale.)

Aur. Espera que te alumbro.

Mil. (Desde fuera ya.) No hace falta. Adiós.

Eus. Coge la rueca, Mari-Pepa, y trabaja. Arrima el cesto de las patatas, que he de mondar algunas.

Juan Malas son este año. Habrá que decirle al Antón que las revuelva, si no se van a pudrir todas. Ni que las viera la bruja.

M. Pepa Verdad es, señor.

Juan ¡Ah! Pero conque yo me entere de quién me tiene embrujado, ha de quedarle memoria, ¡Te lo fío yo!

(Hablan bajo.)

Aur. ¿Le hablarás hoy?

Pedro Por eso vine.

Aur. No tengas miedo. Yo te ayudaré.

Pedro ¿Y si no quisiese?

Aur. Tiene que ser. Quiero yo y basta.

Juan Hablad alto, que no creo sea la cosa de cortejo y haya de ser secreta.

Aur. No. Convidaba a Pedro a cenar.

Juan Que cene. El sabe que le quiero. Por mí es el mozo más pinturero de la aldea, que toda mi ropa la gasta él. Y aun el año pasado le regalé una boina y unos zapatos. ¿Dónde los echaste, Pedro?

Pedro Como ya estaban rotos, los gasté pronto.

Juan ¡Destrozón! ¿Y el traje negro que te di?

Pedro Lo gasta mi padre.

Juan ¿Me lo despreciaste tú? Te dió Dios mucho orgullo y tú le aumentaste sin tener en qué fundarlo, que bien sabe todo el pueblo que nada tienes.

Aur. Es honrado y le basta.

Juan Con ello no se come.

Pedro ¡Señor!

Juan Lo digo yo y cuando yo lo digo es que puedo decirlo. Con tu capa de humildad puedes engañar a todos, menos a mí; que cosas podía decirte que te hiciesen salir los colores a la cara y las callo porque no quiero sacarte la vergüenza delante de gente extraña. Y todo lo digo porque bien te quiero; pruebas de ello tienes.

Pedro — Lo sé, señor Juan, y con cariño le pago.

Juan — Mala paga es. No se toca y no se puede guardar.

Eus. — Mari-Pepa, arrima el pote de las patatas y echa leña al fuego. ¡Mal arde el condenado!

M. Pepa — Lloverá en la leña que parece mojada.

Juan — Lloverá, lloverá. ¿Y para eso gasté aún hace tres años en la reteja no sé cuántos cuartos? Pero esos jornaleros de la villa, ¡malos diablos los lleven!, ya se sabe: comen mucho y todo lo dejan mal. ¡Son unos ladrones!

Aur. — Aquél lo hizo de favor.

Juan — Pero por él le bajé el consumo a su tío, sin que nada me regalase. Y desde entonces parece que olvidó el camino de esta casa. Pero este año he de acordárselo yo, que es un desagradecido; ni que se lo debiera de obligación.

M. Pepa — ¿No fué él quien le vendió el caballo?

Juan — Sí; pero mi dinero me costó. Es cierto que le compré barato, pero de mala ley era... Mas me doy cuenta de que aún no me dijiste por qué vinieras... ¿Qué traes?

Pedro — Se lo diré luego. Ahora no es ocasión.

Juan — No, no; me lo has de decir ahora. Vamos a ver el caballo y de paso... Anda, enciende el farol. (Pausa.)

Eus. — Tome, señor.

Juan — Mala luz da, parece que alumbra a las ánimas y no a personas. Vamos, anda y ponte el sombrero, hombre, que no quiero que por respeto a mí, lo pases mal. ¿Oiste?... Anda... (Salen.)

M. Pepa — (A Aurora con cierto misterio.) Hoy vino correo de América. ¿Tuvo usted carta?

Aur. — No la tuve.

M. Pepa — Pues en el pueblo la hubo del Juan Antonio. La recibió su madre.

Aur. — El Juan Antonio ya no me escribe.

Eus. — ¿Había de olvidarla?

Aur. — Así parece.

M. Pepa — ¿Quién había de decirlo?

Eus. — ¿Quién sabe si aún le escribirá?

Aur. — Será tarde cuando lo haga. Voy a casarme y pronto.

Eus. — ¿Entonces ya tiene galán?

M. Pepa — ¿Y no había de tenerlo? ¡Qué cosas dice tía Eusebia!

Eus. Ofensa en lo dicho creo que no la haya y si la hubiese, perdónela, que no fué de intención. Pero ahí está: por más que vueltas le doy, no acierto a explicarme el comportamiento del Juan Antonio y su ruindad. ¿Por qué usted le quería?

Aur. Es verdad, que pruebas me daba de su cariño y del mío más tuvo de las que fueran menester. Bien él lo supo aprovechar. ¿Pero quién había de dudar de él que tan manso era? Aún recuerdo una vez que en el monte se me antojó un San Juan encarnado como las cerezas maduras. Estaba mismamente clavado entre tojos y zarzas. Se lo pedí y fué por él, y al dármelo, vi que sus manos mimosas y blancas, sangraban. ¡Me dió lástima!

M. Pepa ¡Pobre!

Aur. Cogí el San Juan y le pregunté si mi novio me quería. Se reía el Juan Antonio, asegugurándome su querer, pero las campanillas que de la vara arranqué, me dijeron que no. Y la flor estaba en lo cierto. Y yo no la creí porque más fe que en ella, tenía en mi galán.

Eus. ¡Malpocada!

M. Pepa Ruín fué, que la engañó y no se lo merecía.

Aur. Otro día fuimos hacia Monte Claro. Llegamos a la cumbre y quise que entrásemos en la choza de la señora Manuela.

Eus. ¡Arreniégola!

M. Pepa Bruja es, según la gente dice.

Aur. No la creas, que es buena; tan buena como pobre. Entramos y le pedí que me echase las cartas. Mi novio se rió de mi deseo. La pobriña tampoco quería, porque su miseria quería arrebatársela un ricacho de la villa y no estaba de humor... Solo sabía maldecirle... Parecía rabiosa.

M. Pepa Cosas del Malo... cosas del Malo...

Eus. ¡Arreniégole!

Aur. Al fin las echó. Le dije, que preguntase si el Juan Antonio me quería. El decía que sí y las cartas dijeron que no. Y tenían razón y yo no las creí.

M. Pepa Hizo bien.

Eus. La embrujó entonces la condenada.

Aur. No; aún fuimos felices después. Y aun la víspera de marcharse, fuimos al monte otra

vez. Allí estaba Juanciño con los rebaños y eché de nuevo la suerte. Si las ovejas blancas eran nones me quería. Las contamos y eran pares. ¡También ellas decían que no! El callaba, pero su mano me acariciaba y pensé que la suerte mentía. Y otra vez la eché con las ovejas negras. ¡Y también dijeron que no! Y era lo cierto. El entonces me miró a la cara y dijo: ¿Me crees? Yo contesté: ¡Te creo! Y todo volvió como estaba antes. ¡Y él, me engañaba!

M. Pepa ¡Valgame Dios y cómo son los hombres!

Eus. De todo hay, Mari-Pepa. Ese ruin fué, pero su castigo ha de tener; que ya se sabe: no fué hecha la miel para la boca del asno. Y él su merecido tendrá.

Aur. No digo que no; que si pecado hubo, de los dos fué y yo sola soy la que he de purgarlo.

Eus. ¿Y luego?

Aur. Cosas, señora Eusebia; que no parece sino que el Malo se goza en rondar la vida y hacer de las suyas entrándose por ella. Razón tenía el Padre misionero que vino aquí el año pasado, en separar los hombres de las mujeres y poner siempre a distancia los unos de los otros.

Eus. Verdad es. El hombre es fuego, la mujer estopa, llega el aire, sopla y casamiento que remedie... Pero ese no es el caso, que el Juan Antonio no puede gallear de favores... ¿No es verdad, mi ama?

M. Pepa ¿Y no ha de serlo? ¡Qué cosas dice tía Eusebia! Parece que está empecatada.

Aur. Nada puede él decir, que quien manchado está, por fuerza ha de callar. Pero figuraros que fuese cierto... ¿qué sucedería?

Eus. Lo que usted quiere... Habría que casarla... Nada se sabría, que cosas hay que cien remedios tienen y nadie sabe conocer. Pero es mejor que no sea verdad. ¿Y quién es el mozo?

Aur. ¿No acertais?

M. Pepa Lo sé yo. Será el Pedro.

Eus. ¿El ahijado del señor? No gasta tan limpias las botas, que el piso de esta casa no le venga ancho.

Aur. El mismo es, y no se sorprenda, que todo el pueblo lo sabe ya, y nadie hizo aspaviento.

M. Pepa Es bueno como un pedazo de pan en un día de hambre.

Eus. Pero no la merece.

M. Pepa No haga caso. En casa de pobres hay siempre una santa y usted será la suya.

Aur. Sí; me quiso siempre y nunca me habló de su cariño hasta que me vió llorar. Y entonces se le escapó el secreto y entre lágrimas le conocí. Eran las mías por el otro, por el que me abandonara, y el llanto suyo de esperanza era, y en un mismo pâño se secaron los dos y al mojarse el lino, las lágrimas se confundían y nada las diferenciaba y el paño guardaba el secreto de su nacimiento y las hacía gemelas y fraternas. No le engañé entonces, tía Eusebia. Le dije que le quería, lloraba por el otro y no le engañé.

Eus. ¡Pobre!

Aur. Y nada tampoco me preguntó. Blanco como la nieve de la sierra estaba cuando me habló de su querer, y al oirme trocose rojo como las amapolas... Temblaba él y temblaba yo... Callamos y cogidos de la mano volvíamos al caserío cuando tocaban en la Ermita al *Angelus.* Se descubrió y rezé: Ave María. Rezó conmigo... Al acabar le pedí que hablase a mi padre y esta noche vino.

M. Pepa Señor Juan le va a decir que no.

Aur. Descontado lo tengo. Pero tiene que ser.

Eus. ¡Si usted se empeña! Fero va a acabar con su padre, que tenía los ojos puestos en usted y nada encontraba que colmase su antojo. ¡Oh! Este disgusto matará al amo.

Aur. Las nubes descargan y desaparecen. Así ha de ser su enojo. Ya lo vereis.

Eus. Mucha confianza tiene; ¿y si se emperra y niega su consentimiento?

Aur. No lo hará. Tiene que ser. Tiene que ser. (Sale.)

M. Pepa Pobriña y qué mal le hizo el desamor del Juan Antonio.

Eus. ¿Quién lo había de decir? Yo que le ví muchas veces mirándola, que mismamente parecía le brincaban los ojos, con la boca entreabierta, alelado, casi me resisto a creerlo.

M. Pepa Pues créalo que verdad es. Mimoso sí lo era, muchas garatusas y zalamerías sabían sus manos, que nunca estaban quietas, parecían

tocadas del baile de San Vito. Y luego, hablaba como ninguno... Qué bien decía las cosas del querer.

Eus. ¿Acaso a ti...?

M. Pepa Pronto le paré, y eso que bien quisiera que siguiese hablando, que aunque le hice ver que no me gustaba, más enfado me dió cuando hubo de callar. Y eso que ya fué cuando iba a marchar y ya en el pueblo corría el *rum, rum*, que desde entonces corre.

Eus. ¿Pero qué dicen, Mari-Pepa, qué dicen?

M. Pepa ¿No lo sabe? ¿Qué le parece que dirán? Pues eso; hablan de esa prisa de la Aurora por casarse y la gente mira al Pedro, y si todos callan cuando pasa, porque piensan que puede llegar a ser el amo, desde que vuelve la espalda se ríen de él y todos se burlan de su cariño que piensan puso en mal terreno. ¡Le digo que es una desgracia!

Eus. ¿Y no hay quien les arranque la lengua? ¡Desalmados! Se echan a la carnaza como perros rabiosos... ¡Un tiro que les parta el corazón, si corazón tienen!

M. Pepa Y ella tiene mucha culpa; que antes con todos conversaba y a todos sonreía y ahora de todos se aleja y camina siempre con los ojos bajos, como si buscase algo y lo que perdió a buen seguro que no ha de encontrarlo. Eso al menos dicen todos.

Eus. ¡Mala peste les mate! ¡Son como lobos! ¡No tienen entrañas los condenados! ¡Son como lobos! ¡Ah!, callarán pronto, que han de pagarlas todas y el amo así que lo sepa, buenos intereses ha de cobrarles. ¡Y así los confunda!

M. Pepa Bien lo merecen.

Eus. Y tendrán que aguantar... ¡Perros... más que perros!... ¡Descariñados!.. ¡Desagradecidos!

(Entra el SEÑOR JUAN, después PEDRO.)

Juan Pero, ¿te volviste loco o quieres volverme a mí Pedro? Cien rayos me maten, si nunca creí que estuvieses tocado y lo estás, que te atreves a mirar al Sol a la cara y has de quedarte ciego. ¡Te lo fío yo! ¿Querer a mi hija? Tú debiste leer muchos romances... ¡Me das lástima!

Pedro ¡Señor!... ¡Padrino!

Juan ¡Qué padrino, ni qué diablos que lo lleven! ¿Pero no tuviste miedo a manchar mi lim-

pieza con tu miseria? ¡Te tengo lástima y no quiero perderme!... Claro, viste mi riqueza y pensaste que podías heredarme y llegar a ser el amo y embobaste a mi hija. ¿No fué así? Solo olvidaste que a los mendigos se le da aquí lo que nadie quiere y si posada piden, duermen en el establo y comen después que los criados se hartaron ya.

Pedro ¡Señor!... ¡Señor!...

Juan ¡Ah! Bien es cierto que todo lo sabías y no viniste de cara, sino escondido, como el zorro va al gallinero, y así pensaste sorprenderme, condenado.. ¡Y no! Que mi Aurora no puede quererte porque no ha de querer para marido a uno de sus criados.

Pedro No, eso no. La Aurora me quiere. Es cierto que pobriño soy, tanto, que casi me crié con leche prestada, pero eso no es malo, que sé lo que es tener hambre y me acostumbré con ella y como me conoce de antiguo, nos llevamos bien y sé privarme de todo. Y a la Aurora no le faltará nada, que lo que haya en casa, de ella sola será, que no quiero que sepa lo que es tener hambre y no poder llevar un pedaciño de pan a la boca. ¡De ella será todo!

Juan ¿Todo?... ¿Y qué es todo? ¿Qué vas tú a darle si nada tienes? ¡Oh!, lo que quieres tú bien lo sé yo. ¡Casarte! Y luego el señor Juan proveerá. Y te equivocas, que aunque así fuese, en mi casa todo tiene acomodo y nada es superfluo y primero es mi gobierno, que nadie sabe lo que ha de vivir y lo que ha de precisar. ¡Bien echaste las cuentas, para que te saliesen tan mal!

Pedro No, si la quiero pobre. Quédese usted con toda su riqueza; yo para qué he de quererla, si nunca la tuve y me fué siempre bien. Pero la Aurora no. Ella me quiere...

Juan ¿Que te quiere? ¡Qué ha de quererte! Te querrá como se quiere al perro que nos guarda... Y pretendientes tiene que tú no puedes descalzar. ¡Qué ha de quererte? Y si no, has de oirlo de su boca... (Llamando.) ¡Aurora! ¡Aurora!... Fantasía tienes y pretencioso eres. Pero ahora has de convencerte. Y luego marcha y no vuelvas. ¡Que mi casa no sirve para ladrones!

Eus. ¡Señor Juan!

M. Pepa ¿No le da lástima!

Juan ¡Mal rayo le mate, que escupió al cielo! ¡Granuja!

(Entra Aurora.)

Aur. ¿Qué me quería, padre?

Juan (Cogiéndola de la mano) Ven... ven... Que dice éste que tú le quieres y le diste palabra de casamiento. Y por la palabra viene, que está cansado de su pobreza y viene por ti para que le saques de ella. Anda, dile la verdad.

Aur. La verdad la dice él.

Juan ¿Pero tú le quieres? (Aurora asiente.) No, no puede ser. Yo no quiero que mi sangre se mezcle con la suya. Aún hay castas, y la de él es de pordioseros; y antes que verte suya desearía verte muerta, te mataría o le mataría como a una víbora. ¡No; no puede ser!

Aur. Tiene que ser. Es bueno y yo le quiero.

Pedro ¿Ve, señor Juan? Yo no le engañé.

Juan ¿Pero decir tú que le qiueres? Lo tengo que oir muchas veces, si no es fuerza que me parezca mentira; que con regalía te crié y no, ciertamente, para verte emparentada con lo más podre del poblado. ¿Qué piensas que va a ser?

Eus. Es verdad. ¡Piénselo bien! En las noches de invierno ni siquiera se podrá acostar temprano, que habrá de trabajar y a lo mejor estará sola... Y sentirá silbar el aire en la campana de la chimenea, y tendrá miedo y frío, que si no hay leña, sin fuego ha de pasar. ¡Piénselo bien! Y en el verano, con la alborada, tendrá que levantarse, y son muy largos los días y el aire quema y en la siega no hay agua... Son muchas calamidades... ¡Piénselo bien!

Aur. Pensado está. ¡Le quiero!

Juan ¿Pero qué te dió?¡Tu cariño más parece cosa de brujería que cosa natural. ¿Pero tú no ves, que estás tan alta, que puedes elegir y el que elijas ha de quererte? ¿Tú sabes de lo que es capaz el señor Juan? Pero di, ¿qué filtro te dió que fué capaz de trastornarte? ¡Dilo!... ¡dilo!... ¿Por qué callas, condenada?... Y te pones rubia... ¿En qué malas artes caíste que te avergüenzas de ellas? (Transición.) ¡Oh! ¿Será cierto?... Lo saben todos..

¡todos!... menos yo... ¡Pero yo lo sé ya!... Como sube la hiedra, como se agarra... pero el torreón es fuerte. ¡Aún soy el amo! ¡Aún soy el señor Juan! Aún llego a saber lo que me callan todos... Aún sé reir...

Aur. ¡Padre... si supiese!...

Juan ¿Y qué me resta saber? Todo lo sé ya... ¡te lo fío!... y he de decirlo. Que yo bien sé que el Juan Antonio te gustaba. Pero oye... escucha... (A los otros.) ¡Apartaros!... ¡Más!.... ¡¡Más!... El Juan Antonio no vuelve porque lo que él buscaba lo encontró antes de tiempo y se empachó pronto.

Aur. ¡Me lastima, padre! ¡Suelte!

Juan ¿Y quieres que yo me aflija por tu dolor? ¿No sabes el que tú me causaste? ¿No sabes que a tu padre le gustaba que al verle temblasen todos como se le tiembla al amo? ¿No sabes que ponía placer en que los vecinos le mimasen, aunque fuese como podría hacerlo el condenado al verdugo, que sabe que cuando quiera ha de acabar con él? Y se rieron de mí... Pero no se reirán más... no se reirán más...

Aur. (Como disculpa.) Le quería tanto...

Juan ¿Y no te mueres de vergüenza, y la tengo yo de quien me sirve y tu liviandad no me alcanza? ¿Y ellos se habrán reído de mí? ¿Y también él?... ¿No?... Pero no llores, no llores; no han de reirse más... Ahora le toca a ellos. La madeja sigue, y si un hilo quebró, se le hace un nudo y se sigue devanando. Ahora nos toca reir; y mira, ya río yo... ¡Ja... ja... ja!...

M. Pepa Ya está arreglado.

Eus. Háblele ahora usted.

Pedro Sí; voy... ¡Señor Juan!

Juan ¡Hola!... Sí, me convenció. Te quiere y yo también te quiero. Sé que eres bueno y trabajador. Y para que veas cuánto cariño te guardo te la doy. Es la mejor joya de mi casa y es para ti. ¿No te quejarás de tu padrino?

Pedro ¡Oh, gracias, gracias!...

(Señor Juan sonríe orgulloso y sarcástico y Pedro besa su mano humilde y agradecido. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala amplia y pobre en casa de Pedro

(En la escena AURORA y la TIA EUSEBIA.)

Aur. Sí, muy contenta. Va para dos años que llevo casada y por su culpa ni el menor disgusto.

Eus. ¡Y eso que al principio!

Aur. ¡Qué quieres! Más envidia que caridad. El mundo es así.

Eus. ¡Y qué de cuentos cuando dió a luz! Que si el niño se parece a su madre, que no tiene nada de su padre, y en cambio es el retrato dél... ¡Oh, qué malas lenguas tienen los condenados!

Aur. ¡Pobriño! Pedro le tiene por hijo. Y ahí tienes lo único que me duele, que no lo sea. ¡Sería tan feliz si lo fuese!

Eus. Para él lo es.

Aur. Sí, para él sí. Le quiere mucho, como padre. Ya ves que de avaro nada tenía, y ahora lo es y no piensa más que en crecer, en aumentar, en ser rico... Todo para él... Y eso me remuerde, porque es muy cruel engaño éste en que yo le hice caer.

Eus. ¿Y el Juan Antonio sigue viniendo por aquí?

Aur. Hace mal, pero viene. Dice que es el mejor modo de que la gente calle. Es muy amigo del Pedro y mi marido le quiere también.

Eus. Sí, sí... Señor Juan sabe de esa amistad y no

la mira con buenos ojos. Gusto suyo sería que se odiasen.

Aur. No, no; mejor es así...

Eus. Pues bien será, que cuando venga el amo no le encuentre. Aún no le habló desde que vino de América, y los regalos que de allá le trajo hubo de devolvérselos y eso que mucho le gustaran. Pero no quiere nada de él, que para recordarle, como dice, le basta con el nieto, y el nieto le tiene ante sí siempre para no olvidar a quien le ultrajó. El amo es muy bueno; pero no sabe perdonar.

Aur. ¡Es verdad, tía Eusebia!

Eus. Y es todo por el cariño que a usted le tiene. Piensa que el señor Pedro no la hace dichosa, o por lo menos que más feliz sería con el Juan Antonio, y como a usted la quiere más que a las niñas de sus ojos, no olvida la ofensa. Aún el otro día, cuando marchó de aquí, llegó a casa con un genio que prometía... ¿Y sabe por qué? Pensó que usted aún quería al Juan Antonio.

Aur. ¿Yo? ¿Quererle yo?

Eus. Eso le dije; pero él arre que arre en sus trece. Que sí, que le quiere. Y tanto lo repitió, que al fin pensé que era manía, y también yo me solté. Buena agarrada tuvimos entonces; pero a fe que salí con la mía, que a testaruda no le gana el amo a la hija de mi madre. ¿Mire que decirme que usted aún le quería? Desde que uno llega a viejo, es visto, chochea...

Aur. ¡Pobre padre!

Eus. Es bueno, y para usted quisiera la gloria; y como anda por alcanzarla, bracea y bracea sin descansar, y en tales momentos es peligroso estar cerca de él, porque como anda así, puede uno encontrarse con lo que no busca. Pero marcho, que cuando vengo aquí, no tengo vuelta y allí estará todo por hacer.

Aur. Pues dale gracias a mi padre y bésame al pequeño. No me acostumbro sin él; pero se empeñó en llevárselo y no hubo más remedio que dejarlo ir.

Eus. Allí nada le falta.

Aur. Lo sé, lo sé... (Entra MILAGROS.) ¿Tú por aquí?

Mil. Por verte nada más.

Eus. ¿Y cuándo es eso, Milagros?

Mil. Aún ha de tardar, que una casa cuesta mucho, y mientras no se gane para ella no queremos casarnos.

Eus. Bien pensado está. Pero mientras el casamiento no llega, caminar cara al sol, cara al sol siempre...

Mil. En este tiempo más apetece la sombra, tía Eusebia.

Eus. Esa debe ser doctrina de tu novio, que todos son muy largos. Pero con el sol acostumbrado está y poca mella le hace. Y a ti la sombra podría hacértela... ¡y dañosa!

Aur. ¡Pícara!

Eus. Hace falta serlo mucho, y aun así y todo le pescan a una desprevenida alguna vez.

Mil. Pocas pueden ser ya.

Eus. Pero muchas pudieron ser. Que así ha de medirse el mal: más por la intención que por cosa ninguna. Y vaya, quédense con Dios, que es tarde y aún hay que hacer.

Mil. Adiós, tía Eusebia.

Aur. Adiós... Da recuerdos allá.

Eus. No me he de olvidar. (Sale.)

Mil. Lagarta es.

Aur. No, ella no. Los años... ¿De modo que te casas?

Mil. Sí; acabaremos por eso.

Aur. Por eso es mejor empezar.

Mil. Fué un decir; no vayas a suponer...

Aur. ¡Ave María!

Mil. Pensé que estuviese aquí el Antón. Le vi con el Pedro y me dije: allí deben estar.

Aur. Aún no vinieron.

Mil. Habrán tropezado con el Juan Antonio... ¡Qué guapo anda!... Desde que vino de América se hizo muy formal y es lástima... Parece que los cuartos le hicieron sentar la cabeza...

Aur. Sí, sí...

Mil. Tiene muchas amistades en la villa y aquí sólo el señor Juan no es amigo de él... Bien le cargó el consumo el año pasado... ¡No está mal... puede pagarlo!... Pero su madre está como una fiera contra tu padre y hay que oirla... Hasta a ti, llega el enojo de ella.

Aur. Yo no tengo la culpa; bien puede saberlo.

Mil. Pues te la echa, y con la lengua que tiene hay que ver cómo se desquita... Pero no hagas caso, que poco lo hacen los demás, y así nada debe importarte.

Aur. De todos modos nada me importaría. Me paso bien sin ellos.

Mil. Y del Pedro también habla. No quería que el Juan Antonio le hiciese cara; y como se la hace, bueno lo pone.

Aur. Sí, sí... Mucho habla y mucho dirá... ¿Qué dice, Milagros?

Mil. No quieras saberlo.

Aur. ¿Tan grave es?

Mil. Bastante me parece.

Aur. ¿Qué dice entonces?

Mil. El otro día, delante de quien quiso oirla, dijo que si el Juan Antonio tanto viene por aquí es porque tú no le olvidaste y con agrado le recibes... y parara en eso que no para; que después, como alguien dijera de la prisa del Pedro por lograr sucesión y del cansancio de ahora después de la prisa aquella, se echó a reir y dijo que con la compañía de su hijo luego tu marido volvería a las andadas, o por lo menos llevaría la culpa, que así era en muchas cosas, que se cuelgan siempre en quien tiene más anchas las espaldas.

Aur. ¡Calla! ¿A qué vienes aquí con cuentos? Mala es; pero mala eres también tú, que vienes a contarme lo que ella dice. ¡Calla! Es mentira, ¿entiendes? Mentira todo.

Mil. Lo sé; que si creyese que era verdad, nada te diría, y además, si hablé fué porque me preguntaste.

Aur. Me quieren mal... ¡Perdona!

Mil. Sí, sí... ¿Pero qué tienes? ¿Lloras? ¡No llores, mujer! Si te viesen, gusto con ello habrías de darles. Y aunque no sea más que por eso, no llores, que rabien ellos... que rabien ellos, pero no llores tú.

Aur. Es una desgracia, Milagros, que me recuerden tanto. Pido un poco olvido nada más, y se conoce que es mucho lo que solicito, cuando tanto lo regatean. No está bien que se metan conmigo y que me cobren tanto saña...

Mil. Verdad es, pero tú tienes la culpa, que si le

dijeses al señor Juan lo que te ocurre, pronto había de remediarlo. Que con él no se juega, y bien lo sabe la gente, que así se guarda de su presencia como si se tratase del enemigo. Pero tú callas y te conformas y te contentas con llorar... Sigues mal camino, Aurora, muy mal camino.

Aur. Bueno o malo es el único. ¡Callar! ¿Puedo hacer otra cosa?

Mil. Claro que sí. Incluso decirle al Pedro...

Aur. ¡No, no! Ni tú tampoco has de decirle nada, ¿entiendes? ¡Nada! Y ahora, callemos, que ahí llega, y no debe saber nada de lo que hablamos.

(Entran PEDRO y ANTON.)

Pedro ¡Hola, mociñas! Y perdona tú (A Milagros.) que con mi Aurora te compare, que aún más guapa está ahora que antes, de soltera. ¿A ver cuándo tuvo colores como estos? Nunca, sino de casada.

Antón Es cierto, ¿verdad, Milagros?

Mil. Así es, Antón.

Aur. Por lo visto estáis todos de broma.

Pedro Tenéis que casaros pronto. ¡Esta es la vida! Siempre juntos con quien más se quiere. Sólo mi hijo me entristece; pero se empeñó en llevárselo el abuelo y no hubo más remedio.

Aur. Allí bien está.

Pedro No dije yo otra cosa. Ahora, que mejor le querría con nosotros; que al cabo nuestro es y como nosotros nadie ha de cuidarle... digo, con más cariño...

Antón El señor Juan quedó muy solo; justo que quien su compañía le llevó le diese otra que la reemplazase.

Aur. Así dijo él.

Mil. Y tenía razón.

Pedro No se la quito yo. Ahora que lo que pienso no he de callarlo. Y desde que marchó falta algo aquí. Antes llegabas del trabajo, y por cansado que vinieses reposabas mirándole y por bien empleado dabas todo, porque era para él. Y él, como si adivinase, sonreía, y yo entonces, mirad qué cosas, creía que con la sonrisa suya quería darme gracias por los sudores sufridos por su causa.

Aur. ¡Bah, bah!...

Pedro ¿Qué quieres? Eso me lo figuraba yo, y eso ha de figurarse éste, cuando la Milagros le dé un retoño. No bajes los ojos, mimosa, que no es caso de vergüenza, que al fin para algo se va a la iglesia. Y si andas tan pronto como la Aurora, que nos sorprendió a todos, pronto ha de ser...

Mil. ¡Por Dios!

Aur. Vamos, calla.

Pedro Por lo visto no te gusta que te eche en cara tu aplicación. ¡Pues fuera penas, qué diablo! Fué que al angelito le entraron prisas por salir a respirar, y hubo que desencajonarle en seguida. Y vino bien... Con unas ganas de llorar que daban gusto... ¡Aún lo recuerdo! ¡Ay cosas que no se olvidan nunca!

Mil. Debe ser verdad.

Antón Hemos de verlo.

Pedro Escupe, Antón, que tienes la boca llena de agua y puedes atragantarte... y no quisiera tener la culpa.

Aur. Pues la tienes de fijo, Pedro... ¡Vamos, calla!

Mil. Bueno, nos vamos ya; digo, si vienes tú.

Antón Sí, también voy.

Aur. ¿Y no había de ir?

Pedro Marchar por los caminos reales y no queráis atajar por las veredas, que es fácil que como si arrodeáseis, os rindiese el tiempo.

Mil. ¿A quién lo dices?

Pedro A los dos, para que me entienda aquel a quien más falta le haga, y ninguno pueda tomarlo a mal.

Antón Vaya, adiós.

Mil. Adiós, Aurora.

Aur. No dejes de venir.

Pedro ¿Si queréis que vaya con vosotros?

Antón No, no haces falta. (Saliendo.)

Pedro Como queráis. Adiós entonces. (Sale Milagros y Antón.) ¿No vino hoy tu padre?

Aur. No, mandó unas cosillas que trajo la Eusebia.

Pedro No sé para qué anda mandando nada, que nada se le pide, y luego de esto no se acuerda, y ya se sabe, saca siempre a colación estas ayudas, como un nuevo favor que queda en descubierto.

Aur. Queja de él no tenemos ninguna.

Pedro Menos podríamos tener si mirase algo más

que su capricho. Nos da ¿y qué? ¿Lo ignora la gente? Si lo ignorase, el la enteraría, y así no está bien recibir regalos, que son como limosna, mientras los brazos no se duermen y saben trabajar. Y eso es lo que tengo pensado; no quiero que mande nada. Yo me basto para que nada falte, y no quiero deber atenciones que no puedo pagar. Y así he de decírselo, que ya tengo ganas de hablar alguna vez, y fuerte, en presencia suya.

Aur. ¿Pero a qué viene eso?

Pedro Viene a que no quiero que mande nada, y menos que lo recojas tú. Cada uno tiene su dignidad, y yo la mía, que no había de faltarme. ¿Qué piensa el señor Juan?

Aur. Nunca te oí como hoy. Tú sabes que mi padre es bueno como nadie...

Pedro ¿Bueno?

Aur. ¿Y no lo es?

Pedro ¿Es bueno tu padre? ¿Tú sabes lo que dice la gente?

Aur. ¿Y quién hace caso de ella?

Pedro No lo hace, el que la teme. Los que son honrados como yo, sí se lo hacen, porque hay siempre verdad en lo que dice, ya que hurtándose al castigo, no ha de adular sino por convicción. Y si yo soy del rebaño y al rebaño venistes tú conmigo, sigue el camino del rebaño y no te importe del pastor, que le azota y puede hacer que te pierdas.

Aur. ¿Pero a qué viene todo eso?

Pedro Viene... viene... Oye... escucha. ¿No es verdad que tú no me engañas? ¿Que tú nunca me engañaste?

Aur. Sí, es verdad. ¿Por qué lo preguntas? Lo sabes bien.

Pedro Sí, creo saberlo; pero es preciso saberlo mejor. La envidia tiene dientes muy finos y muerden atrozmente. ¿Pero no hay más que envidia? ¿No hay más que envidia? Si hubiese más, no sé de lo que sería capaz.

Aur. ¡Ah! Pedro, a ti te dijeron...

Pedro Nada. Eso es lo peor. Cuando dicen algo se araña, se muerde, se mata; pero al fin se hace callar al que nos daña... No dicen nada... y en cambio ese silencio es como un latigazo que azota... ¿Me ves rebelde? Son

esos golpes que hostigan, y como uno no sabe de dónde vienen, no puede pararlos y descargan todos sobre el blanco a que se dirigen.

Aur. No hay razón para que te pongas así. Nunca te he visto de ese modo.

Pedro Porque me parece que esos perros nunca me mordieron tan adentro. Mira .. fué en el monte... pero no, no quieras saberlo.

Aur. Sí, cuenta... cuenta ..

Pedro Fué la madre de Juan Antonio. Dijo que viera a nuestro pequeño. Claro, en seguida le pregunté si le gustaba. Mucho—contestó—. ¿Y cómo no ha de gustarme—añadió luego—si es el retrato de mi hijo? Mira, tú, decirme esto y subírseme la sangre a la cabeza, fué todo uno... ¡No sé cómo no la maté!

Aur. ¿Y aunque así fuese?

Pedro Lo dijo de un modo que tuve que sospechar .. Perdona... Tú no lo merecías... Pero mi hijo es mío, y ha de parecerse a mí o a ti... ¿pero a ese, qué ha de parecerse?... ¿Verdad que no?...

Aur. Me parece imposible que desconfiases de mí. Muchas pruebas de cariño te tengo dadas. No pensé que fuesen precisas más para que supieses de él.

Pedro ¿Me quieres?

Aur. ¡Loco! ¿Y no he de quererte? ¿Entonces por qué me casé contigo?

Pedro Eso dije yo. Entonces, ¿por qué se casó conmigo? Y fué la misma respuesta la que me vino a los labios.

(Entra MARI-PEPA.)

M. Pepa Señor Pedro, hemos de ir a la casa de arriba, que hay que traer centeno para llevarlo al molino.

Pedro ¿Ahora?

M. Pepa Es mejor, que así queda en casa y mañana a primera hora se lleva.

Pedro Pues vamos allá. Hasta luego, Aurora. ¿No tendrás miedo?

Aur. No han de venir a llevarme. (Sale Mari-Pepa y Pedro. Al salir, Aurora se levanta y se dirige hacia una ventana lateral. Mira a la calle, y así no se da cuenta de la entrada de JUAN ANTONIO, que desde la puerta la observa. Pausa. Al volverse, como asustada) ¡Tú!

J. Ant. ¡Hola, Aurora! ¿No está Pedro?

Aur. No, acaba de salir.

J. Ant. Me alegro. Precisamente tenía ganas de encontrarte sola. Hace mucho tiempo que no hablamos así.

Aur. ¿Y para qué habíamos de hablar a solas, Juan Antonio?

J. Ant. Para recordar...

Aur. Cuando los recuerdos son buenos, gusta pasarlos de nuevo, porque es volver a vivirlos; pero cuando son malos, más gusta perderlos para siempre, que no es placer precisamente, lo que despierta el avivarlos.

J. Ant. Sin embargo, es preciso que hablemos. Yo te adoro como siempre, Aurora. Si no pude impedir tu boda es que de ella nada sabía. Pero hoy no debes condenarme, y es condenarme el seguir con esa indiferencia conmigo.

Aur. ¿Puedo hacer otra cosa?

J. Ant. ¿Y quién lo duda? Nosotros estamos ligados por un lazo más fuerte que el que te une a Pedro... Ese hijo, Aurora, ese hijo es nuestro, de los dos... ¡Oh! Tú no sabes cómo me me brincó el corazón al verle, porque vi que era mío... ¿No es verdad que es mío?

Aur. Es de Pedro.

J. Ant. Es mío.

Aur. No... y aunque lo fuese, ¿qué?

J. Ant. ¿Y lo preguntas? Mira, Pedro desconfía la verdad; lo sé, porque he acabado por conocerle mucho, y si logra descubrirla, nuestro hijo será la primera víctima. ¡No lo dudes! Y nosotros debemos evitarlo. Yo te amo siempre; aún podemos ser felices. Los dos unidos, al defender nuestro amor, le defenderemos a él. ¿Qué te detiene?

Aur. No, antes pudo ser. ¿Por qué te marchaste?

J. Ant. ¿Y sabía yo...? Ni tú misma lo sabías. Yo marché confiado, como nunca, porque como fueras mía, presumí que no habías de olvidarme. Fuí por la felicidad para los dos. Teníamos amor; lo otro, lo que nos faltaba, yo lo traería, y lo traje... pero en el camino había perdido el amor, y al llegar vi que la felicidad se alejaba de nosotros... He querido conformarme y callé... Hoy no debo callar; la vida, la felicidad de nuestro hijo debe ser antes que la nuestra.

Aur. Sí, primero él. Pero a él nada le falta. Le faltaba un padre y se lo di yo. Me parece que no puedes decir que le haya olvidado.

J. Ant. No lo olvidaste, pero también nosotros nos debemos algo. Nuestro amor nos reclama. Yo te sigo amando... tú me amas aún... ¡No lo niegues!... No pudiste olvidarme... Fuimos muy felices entonces, para que así sucediese... Y además, ese hijo que te marca la senda que has de correr, que lo de Pedro puede borrarlo el tiempo y tu amor hacia mí no, porque sobre el tiempo estará siempre la sombra de mi hijo, ¿no lo ves?

Aur. ¡No quiero verlo!

J. Ant. Si te alejas de aquí nada destruyes; si te quedas es la vida de tu hijo lo que peligra; porque si llega Pedro hasta la verdad, ha de herirte en lo que más te duela, porque tú también le heriste en el corazón...

Aur. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

J. Ant. He de convencerte, ese es el único camino; pero aquí apenas podemos hablar, pueden llegar unos u otros y saber lo que no deben sospechar siquiera. Tú eres muy buena y es necesario que aún lo seas más. No es por mí, te lo juro; es por tu hijo, por el nuestro...

Aur. ¡Pobre, pobre hijo!

Juan (Llamando,) ¡Aurora! ¡Aurora!

Aur. (Con espanto.) ¿Eh?

J. Ant. Es tu padre. No tengas cuidado, cerré la puerta al entrar.

Aur. ¡Marcha! ¡Márchate!

J Ant. Sí, pero es preciso que hablemos, y podemos hablar donde hablábamos antes.

Aur. No, no...

J. Ant. Sí, Aurora... ¿Irás mañana? ¿Irás?... No faltes... te espero...

Juan ¡Aurora! ¡Aurora!

J. Ant. Adiós... Vete a abrir... Yo saldré por aquí... (Sale por una lateral, y cuando Aurora sale a abrir, se siente como chirriar un cerrojo de una ventana. Pausa.)

Juan ¡Por lo visto estabas dormitando, que así me desgañité a gritar, y ya iba perdiendo las esperanzas de que oyeses! Qué vientecillo entra por ahí, se cuela como un puñal, y vengo sudando.

Aur. Iré a cerrar.

Juan Iré yo. (Se dirige a la lateral y entra. Desde dentro.)

Si no llegó tan a tiempo os quedáis sin un cristal. (Entrando.) Es buena ocurrencia tener la ventana abierta con el airecillo que hace.

Aur. Estamos en Agosto.

Juan Pero está fresco. No contabas conmigo, ¿verdad? Pensé que no iba a poder venir... Mucha gente fué hoy por el caserío... Te lo diría la Eusebia... Por ella te mandé unas cosillas.

Aur. Todas buenas y necesarias. Por la Eusebia le mandé las gracias, y sabe ella cómo se las agradecí. Pero no vuelva a mandar cosa ninguna. No quiere Pedro que la reciba.

Juan ¿Que no quiere el Pedro? ¿Y a mí qué me importa que él no quiera? ¡Vaya un desagradecido! ¿Le pido yo permiso para mandarlas? Entonces... Le vale ser tu marido, si no luego le bajaría el orgullo... ¡Condenado!

Aur. No se lo tome a mal. Lo hace con buena intención. Hoy vino de muy mal humor. Le fueron con cuentos, y traía un genio endiablado, y estaba contra todos. Hasta conmigo estuvo agrio.

Juan ¡Contigo! ¿Y se atrevió? ¡Cien rayos que me maten, si no está loco! ¿Se atrevió? ¡Ah! Eso si que ya no lo aguanto... ¡Ha de oirme! ¡Te lo fío yo!

Aur. No es suya la culpa. Le dijeron que mi hijo se parecía al otro y Dios sabe qué cosas más... Era natural que estuviese como estuvo.

Juan Razón tienes... El nunca supo nada y le pilló la novedad de sorpresa... Pero qué cree él, ¿que si todo no hubiese sucedido como aconteció emparentaría conmigo?

Aur. El fué ignorante de todo. ¡Aun hoy lo está! Y el honrado es, que quizá si lo supiese no había de querer pasar por lo que pasa. Y así hay que disculparle. La gente creyó que le compráramos y por eso él rechaza las mercedes suyas, porque quiere hacer ver que al casarse conmigo sólo le guió el cariño. ¡Lástima que le haya empleado tan mal!

Juan No, eso no. Que escupió al cielo y le cayó la saliva en la cara y le está bien; que él vino a buscarme, no le fuí yo a sacar de su casa. Lo otro tampoco está bien, pero era visto. El Juan Antonio había de echar a paseo la lengua...

Aur. No lo crea.

Juan Pronta estás a defenderle. ¡Pues fué él! ¿Quién había de ser si no? Pero a ese he de arrancarle la lengua para que no hable más. ¿Acaso aun le parece poco? Pues con lo hecho hay ya bastante sin que quisiera aumentar la deuda... Ha de pesarle, te lo fío yo y has de verlo tú... ¡Ha de pesarle!

Aur. No tiene culpa Juan Antonio.

Juan ¿Que no tiene culpa y es el causante de todo? A fe, que oyéndote cada vez me convenzo más de que le quieres y puedes quererle... ¡Buenos recuerdos tienes de él! ¡Oh! No te pareces a mí. Yo no olvido nunca y he de verle a mis piés... Ha de pedirme piedad y he de reir... Mi risa ha de desquitarme de lo que por él pasé... ¡Te lo fío yo! Ha de bastarme un minuto para confundirlo.

Aur. ¡Padre, padre!...

Juan ¿Lo ves? Le quieres. Pero yo no, le odio, peor aún, si hay algo peor todavía. El solo pensar que he de ser su desgracia me anima y me tranquiliza... ¿No lo ves? Yo soltaré el galayo que ha de aplastarle y no ha de poder defenderse. ¡Lo verás!... ¡Lo verás! Todo se logra; el secreto está en tener paciencia, que también las piedras galayas que están sobre las cumbres de las montañas viejas, reposan en ellas siglos... Pero hay un momento en que el monte trepida y entonces el galayo se desprende y corre vertiginosamente arrastrando chozas y poblados, lo que encuentra a su paso, hasta que se sienta sobre la tierra llana. Y así he de hacer yo para que seas feliz.

Aur. Nada se sabe por él, padre, nada se sabe por él.

Juan Si no has de librarle... ¡Te lo fío yo!

(Entra MARI-PEPA precipitadamente.)

M. Pepa (A Aurora.) Marche... Llévesela, señor Juan. Viene ahí el Pedro y lo sabe todo...

Juan ¿Eh? ¿Qué dices?

M. Pepa ¡Lo sabe todo! ¡Llévesela!

Juan No. Hemos de esperarle. Siéntate, Aurora. ¿Qué tienes?

Aur. ¡Lo sabe todo!

Juan ¿Y qué? Había de saberlo alguna vez y era ya tiempo... ¡Ah! De prisa viene el condena-

do... (Momento de ansiedad. Al cabo, en la puerta, PEDRO, que ante el señor Juan se desconcierta. Es sólo un instante. Luego como lo requiera la acción.) Espantado vienes. ¿Qué traes?

Pedro ¡Veneno!

Juan Pues guárdalo que aquí no andamos necesitados de él.

Pedro (Dirigiéndose violentamente a Aurora.) Habla, di, ¿quién fué el hombre que hace unos minutos saltó por tu ventana?

(Señor Juan tiene un movimiento de sorpresa y comprende luego.)

Aur. (Débilmente.) ¡Nadie!

Pedro No lo niegues... Lo vió mi madre y era el Juan Antonio... ¿A qué vino? ¿Callas? Te lo diré yo... y no, tampoco, que al decirlo me arderían los labios... ¿No te bastó antes?... ¿Ahora también?.. Pero no, he de matarte, he de matarte... eres una mala mujer, pero, al fin mía y he de matarte... (Se atenaza al cuello.)

Juan Quita... suelta... o te mato como a un perro rabioso... ¿Poner la mano en mi hija? ¡Atrás, atrás!... Tú aun debes hablar desde la puerta como los criados.

Pedro A usted también había de preguntarle algo. ¡Y tengo ganas de preguntárselo!... ¿Por qué me escogieron a mí? ¿Por qué?

Juan ¿Acaso me vendiste el favór? ¿No viniste tú a suplicarlo?

Pedro ¿Pero y tú?...

Juan ¡Atrás!... La Aurora no es nada tuyo... ¡Nada! ¿Sabes? Y me la llevo ahora... (A Aurora.) Y tú no temas... ¡Aun soy fuerte! El galayo empieza a correr y lo empujo yo. Mira si no habré de tener fuerzas para defenderte a ti... (Al pretender salir, Pedro se abalanza a Aurora y quiere detenerla.)

Pedro ¡No, no marchará! Antes ha de decirme....

Juan ¡Quieto! (Alza el puño y lo deja caer sobre el Pedro que en el suelo se revolverá entontecido por el golpe. A Aurora.) ¡Ven! ¡Vamos!...

Pedro ¡Hijo mío, hijo mío!...

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala en casa del señor Juan, de mal gusto. Los cuadros que hay en ella son imágenes de santos. Al pie de alguno hay un ramo de flores de papel descoloridas y polvorientas; pendiente de otro un rosario de cuentas gordas y un escapulario. Sobre una mesa está un espejo mediano con la luna a manchones. También figura en el decorado una panoplia de tela verde con un trabuco, dos o tres pistolas malas y un cuchillo grande. Las sillas de paja y un sillón de paja también, cuyo almohadón pudiera ser el de una cama; están distribuídos como convenga. Un armario de luna.

—

(En la escena MILAGROS y TIA EUSEBIA. Anochece. Milagros tiene en la mano un juego de naipes y los baraja sentada ante la mesa. Eusebia se debruza sobre la mesa viéndola hacer. Hay un fuerte silencio. Mientras ello sucede, la voz de un campesino dice una copla desde la montaña. Las mujeres no la oyen.)

Mil. (Después de una pausa.) ¡Corte! (Eusebia va a hacerlo con la mano derecha. Impidiéndolo.) No; con la mano izquierda, la del corazón. (Milagros comienza a colocar los naipes en la disposición que lo hacen las echadoras de cartas. Se oye el toque de oraciones y otra copla más lejos. Se bate una ventana.)

Eus. (Con susto.) ¡Ah! ¡Demonio de!...

Mil. No lo nombre, tía Eusebia.

Eus. Llevo cerrada esa ventana más de tres veces y siempre batiéndose. Parece cosa de brujería. (Sale. Milagros sigue colocando las cartas. Pausa corta. Entra Eusebia.)

Mil. (Con espanto.) ¡Ya!... ¡Otra vez!...

Eus. ¿Vuelve a salir?

Mil. Sí, vuelve a salir la muerte. ¡Y en esto no mienten... no mienten nunca!

Eus. ¿Ves? ¿No te lo dije yo? Cosa buena no había de traer... Me lo decía el corazón y mira cómo sale...

Mil. Pues es seguro. Aquí está el cinco de espadas, no hay duda ninguna... ¡Ya antes fué así!

Eus. ¡Jesús, Jesús!... ¿Y qué más?... ¿Qué más dicen?

Mil. Sólo en eso están claras.

Eus. Cosa que me dé el corazon, está visto que tiene que suceder. Y cuando la gente empezó a decir lo del fantasma me comenzó un temblor, que a fe que ni dos horas llevo dormido desde entonces... No hago más que cerrar los ojos y ya lo estoy viendo delante de mí.

Mil. Dicen que sale todas las noches.

Eus. Todas; eso dicen. Pero nadie supo de él hasta que la Aurora vino para esta casa. Parece que todas las calamidades se descolgaron sobre ella. Y desde entonces recelan todos en venir a la casa del señor Juan.

Mil. ¿Y qué dice el amo?

Eus. Calla; pero para quien le conozca, mal agüero es el silencio suyo.

Mil. ¿Y del fantasma?

Eus. Ríe; cuando le hablan de él dice que le conoce de antiguo y que espera verle para darle su merecido... Y le busca, Milagros, le busca; pero a él no se le aparece. Para mí que desconfía que le haya.

Mil. Hace mal. Aun el otro día, al salir de aquí el Antón y yo, le vimos.

Eus. ¿Y sabe el Pedro?...

Mil. Ya lo creo. Aun ayer vino por aquí con la carabina al hombro y no le vió. Pero cierto que anda, eso sí. Aun hay quien dice que anteayer salía de aquí sobre la madrugada, ¿verdad?

Eus. ¿De aquí?

Mil. Sí, tía Eusebia, de esta casa.

Eus. ¿Y estuvo cerca de nosotros? ¡Bah, bah! No puede ser. Yo misma cerré la puerta y con llave y atrancada quedó... No puede ser.

Mil. Pues es... pero no lo extrañe, son como el aire, pasan por las rendijas si otra entrada no tienen.

Eus. ¡Calla! Me da miedo y estoy en mala edad para que me hagan compañía.

Mil. Más había de tener si lo viese, tía Eusebia. ¡Es cosa que espanta!

Juan (Entrando.) Buenas noches nos dé Dios.

Eus. Dándolas El, buenas han de ser. Y falta hace que así vengaran, que las de ahora malas son, mi amo.

Juan ¡Malas! Así andamos todos que parece que mal de ojo echaron a la casa esta. ¿Dónde está la Aurora?

Mil. En su cuarto.

Eus. Y cerrada en él, que desde que la gente dió en decir que el fantasma entra en la casa, miedo tomó y no es para menos.

Juan ¿Que el fantasma entró aquí? ¿Quién dice eso, Eusebia?

Mil. Le vieron salir de madrugada el otro día.

Juan No es verdad, Milagros. No había de atreverse a venir a mi casa. ¡Te lo fío yo!

Eus. Es como el aire, se cuela por las rendijas; que desde que sé que fantasma hay, atranco siempre la puerta, y aun así y todo entró. Dice la gente que entró.

Juan La gente muerde, muerde... Mucho hablan todos a mis espaldas; en cambio, si estoy presente todos callan. ¿Por qué hacen eso, Eusebia, por qué?

Eus. Señor, siempre hicieron lo mismo.

Juan Es verdad. Pero, entonces, ¿por qué ahora me fijo en ello? ¿Que el fansasma salió de aquí?... ¡Quién dijo eso! ¿Quién?... Decidme el nombre, que he de arrancarle la lengua al condenado. ¿Quién fué?

Mil. Lo dicen todos.

Juan ¿Quién? ¿Quién lo dice?

Mil. Señor, lo oímos todos; lo sabemos unos por otros; pero el primero que lo dijo no sé quién fué.

Juan ¿No lo sabes tú? Pues mira yo lo sé, como sé también el nombre del fantasma.

Eus. ¿Algún alma en pena, mi amo?

Juan ¡Como tú! Pero que entre en mi casa, no, eso no. Que de sobra sabe él, que si el cabello es blanco, el brazo es duro y ha de guardarse. No se atreve a entrar aquí.

Mil. Señor, que es como el aire.

Juan ¡Que se atreva entonces!

Mil. ¡Jesús!

Eus. Arreniégole. No hable mal de él, mi amo; tendrá pacto con el diablo y ha de saber lo malo que de él diga.

Juan Peor que lo que digo, es lo que callo. Que lo tome en cuenta.

Eus. Por Dios, señor.

Juan ¡Callarás! Si algo puede contra mí, no ha de descuidarse que luego no va a quedarle tiempo para hacer nada; que he de espantarlo y pronto.

Mil. Ave María Purísima.

Eus. Aún va a pesarle lo que ahora dice.

Juan ¿A mí? ¿A mí? (Ríe nerviosamente.) Pero no es cierto que haya entrado, eso no es cierto. Y marchad ahora hacia la cocida que allá queda el Antón y luego para allí iré yo. Hay que ir pensando en acomodar que va siendo tiempo. (Salen. Pequeña pausa. Luego.) ¡Aurora! ¡Aurora!

Aur. ¿Me llamaba?

Juan ¿Parece que no le tienes miedo al fantasma? ¿No sabes que ronda por aquí?

Aur. Oí eso, que sólo por aquí andaba.

Juan ¿Y no te da miedo?

Aur. ¡No!

Juan Me dijeron que el otro día salió de aquí de madrugada.

Aur. Bien puede ser, que si fantasma es, muchas cosas así hará.

Juan ¡Basta! ¿Quién dijo eso del fantasma? ¿Quién fué?

Aur. No sé.

Juan ¿Que no?... No fué otro sino el Juan Antonio, el Juan Antonio que para rondarte sin peligro, echó mano a eso. Y bien está que hayamos hecho todo lo que hicimos, pero es hora de ir pensando en parar y no aumentar la cuenta.

Aur. ¿Que es el Juan Antonio?

Juan Sí, y nada te dije antes porque viniendo el a meterse en la boca del lobo, el lobo puede trincarle cuando menos lo piense y además porque creí que cuando el Pedro lo supiese, saltaría como un gato y ya que no pudiese morder arañaría por lo menos. Ahora, no callo. Ahora te lo digo, porque pienso que tú le haces cara y es necesario que te

acuerdes de que estás casada y es el Pedro marido tuyo.

Aur. Mucho no lo recuerda él. ¡Así que aunque lo olvidara yo!

Juan ¿Qué dices? Da lástima verle. Cuesta decir que es el mismo de antes. Le vi desde lejos y da lástima, Aurora.

Aur. Pues mucha pena no la habrá tomado que si no por aquí vendría.

Juan Y vino, Aurora. Todos los días, alguna vez. Pero nunca quise que entrase. Huraño se ha vuelto, no conocía su intención y temí que hiciese alguna barbaridad; disculpa no había de faltarle. Hoy, es otra cosa. Entrará cuando quiera. Si quiere llevarte irás con él.

Aur. Empiezo a estorbar.

Juan ¡No! Cuando te traje pensé poder guardarte. Te guardaría, pero quizá piense él que no soy capaz. Mejor es ponerte a su cuidado.

Aur. ¿A su cuidado? ¡No, padre, no! No volveré con el Pedro! No vendrá a buscarme, pero aunque viniese sería lo mismo.

Juan ¿Que no irás? ¿Y qué remedio te queda?

Aur. El remedio a mano le tengo.

Juan ¡Calla! No me hagas sospechar lo que estoy temiendo, porque sería capaz, de matarte... ¿Eres mi hija? Si así piensas ¿que tienes de mí? ¿Eres capaz de olvidar que toda tu desgracia a ese Juan Antonio la debes? ¿Puedes quererle aún?

Aur. ¿Y aunque así fuese?

Juan ¡Es que no debe ser! Me engañas, me engañas... Tú tienes que ser como yo. Y yo no sé perdonar... y tú además ni perdonar puedes, que ya no es hacienda tuya la que sufrió perjuicio. ¡Bien lo sabes!

Aur. Sí, lo sé, ¿pero qué importa? Ayer podía mandar, hoy sé solamente obedecer. Quisiera odiarle y mi odio es amor al acercarme a él... Padre, ¿por qué no tuve más que un hijo y por qué es suyo también, el hijo mío?

Juan ¡Disculpas no! Si tienes la disculpa es que andas muy cerca del pecado, si en él no caíste ya. ¡Un hijo! Recuerda que a ese hijo le hizo falta un padre. Y ese padre fué el Pedro. Su cariño al Pedro va, no al Juan

Antonio. El te enseña el camino, síguelo y no vuelvas la cabeza a mirar lo que dejas detrás.

Aur. Antes podía seguirle, ahora no. Pedro perdió la fe que en mí tenía y ha de dudar de mi hijo y querrá sacrificarle... ¡Y eso no! ¡Eso no, padre!

Juan ¡Calla, calla!... Tú sabes que puedes convencerle, que llegarás a él y ha de abrirte los brazos, pero no vas, porque sabes también que esos brazos han de separarte para siempre de Juan Antonio... ¡Solo ese temor tienes! Y precisamente porque el temor tiene fundamento, quiero yo que ellos te recojan, porque no quiero verte arrastrada y menos que la gente pueda reirse de mí y se reirá, por mucho que me duela la herida, que más honda quisieran ellos hacer. ¡Pero no será, Aurora, no será! Irás con tu marido.

Aur. No, no... Había de preguntarme y no... Es manso con todos, sólo conmigo no lo es y le tengo miedo. Usted le vió... Le brincaban los ojos, parecía que iban a saltársele y los retenía para mirarme... le faltaba la voz y aun cuando se ahogaba tenía fuerzas para seguir preguntando... usted lo vió, padre.

Juan Por eso sé que te quiere.

Aur. ¿Y me lo mostraba así?

Juan Matándote debiera demostrarlo. Que eso en su caso haría yo, aun queriéndote más que él pueda quererte ¿Te parece poco lo que haces? Y más se dice aún, que la gente murmura que el fantasma salió de aquí anteayer de madrugada y aunque quiero pensar que el Juan Antonio no vino aquí, voy creyendo ya que me equivoco.

Aur. ¿El Juan Antonio? ¿Que vino aquí?

Juan Sí, vino... ¿pero vas a decirme a qué? ¡Habla! ¿Callas? ¿Entonces es cierto?... ¿Y fuiste capaz?... ¡Ah!... ¡Cien rayos me maten si nunca pensé que llegases a tanto!

Aur. Vino a ver a su hijo. No pude impedírselo.

Juan ¿Y nada más? ¡Contesta! ¿Nada más?

Aur. Nada más.

Juan Y claro, bien se burlaría de mí. Tenerte yo guardada y verlo y atreverse él a entrar. ¡Ah! he de confundirlo... ¿Pero dónde se esconde que no lo encuentro nunca? (se oye

dentro la voz de Pedro, que llama: Señor Juan.)
¿Qué? ¿Qué es? Espera, espera .. (sale.)

Aur. (Viendo entrar a Juan Antonio) Vete, vete, va a venir mi padre.

J. Ant. ¿Qué tienes?

Aur. Quiere que me vaya con Pedro cuando venga.

J. Ant. No quiero que vuelvas junto de él.

Aur. Vendrá a buscarme y no tendré otro remedio.

J. Ant. No, no quiero que vayas. Si llegase a venir, no saldría vivo de aquí.

Aur. ¡Por Dios!

J. Ant. No saldría vivo, no saldría vivo... ¡Te lo juro!

Aur. Por Dios, no le hagas mal.

J. Ant. ¡Calla! ¡calla! Te aseguro que no ha de venir...

Juan (Desde adentro.) Ven, hombre, ven. La Aurora te esperaba.

Aur. (Arrastrando hacia la puerta al Juan Antonio.) ¡Vete! ¡Están aquí ya!

J. Ant. ¡Ha de pesarle el haber venido! ¡A fe! ¡Ha de pesarle! (Sale. Aurora sobrecogida continúa en la puerta que ha cerrado cuando entran señor JUAN y PEDRO.)

Juan Aurora, aquí está el Pedro. ¡Vamos! Saludaros. Aquello no fué sino una mala inteligencia; ¿vais a guardaros rencor por eso? Hablad ahora y habeis de ver cómo no fué otra cosa. Yo marcho, la cortedad es mala amiga para entenderse. Os dejo solos y he de procurar que no os estorben. (Descuelga la carabina de la panoplia y sale. Sigue un silencio largo.)

Pedro (Como recriminándose.) Mejor fuera no haber venido.

Aur. ¿A qué veniste entonces?

Pedro ¿Y lo preguntas tú? Vine por saber la verdad y la verdad la sé, pero me hacía falta convencerme de ella. No quiero creer lo que dicen, ya no de ayer, si no de hoy y hoy hablar de ti, es hablar de mí también... Vamos, di algo, por lo menos que es mentira todo... Es lo menos que puedes decir y es quizá lo más que puedo pedirte.

Aur. ¿Y a eso vienes?

Pedro A eso vengo. (Con fuerza.) A despedazarte o a defenderte, igual que se hace con la ali-

maña que nos hiere o con la tierra que a fruto.

Aur. ¿Qué traes pensado?

Pedro Nada. ¿Puedo pensar? El perro lo mismo muerde que lame. Eso ha de enseñarte. Pero antes, antes de que hablemos más, dime de quien es el hijo que tienes. Yo soy su padre. Me casé contigo y es mío. ¿Es mío de verdad? ¿Mío?... ¿Por qué no respondes?

Aur. Suéltame... ¡Es tuyo!... Suéltame.

Pedro ¿Es mío?

Aur. Sí, sí...

Pedro ¿Y por qué es mío? ¿Por qué?

Aur. Porque solo tuyo puede ser.

Pedro No, cuenta, cuenta... Vino a los siete meses y venía cabal. ¿Te acuerdas tú cómo miraba sus manecitas y sus uñas y conque afán hablaba de aquel milagro? Cuenta, di cómo pudo ser... A los siete meses y cuando nos casamos hacía dos que marchara el Juan Antonio... ¡Habla!

Aur. ¿Y qué he de decirte?

Pedro ¿Qué has de decirme que yo no sepa?

Aur. ¿No tienes confianza?

Pedro Por ella vengo. Pero es menester que puedas hacerla renacer. Son muchas casualidades. ¿No lo ves tú? Los días claros de antaño son sombríos al pasarlos de nuevo. Y yo estoy haciendo memoria... Y veo aquellas horas tuyas de cavilación... ¿En qué pensabas en aquellos días en que pensabas tanto?... Vine un día del trabajo, en los brazos tenías ese hijo y llorabas... ¿Por qué llorabas aquel día?... Desembarcó el Juan Antonio y anduviste asustada mientras él no llegó y hasta días después... Volvimos a ser amigos y aquella zozobra tuya se fué desvaneciendo... ¿Por qué fueron así aquellos días, Aurora? ¿Y mejor por qué me vienen a la memoria como si fuesen de ayer, cuando van tan largos? ¡Habla! ¡Habla! Espántalos...

Aur. ¡Desconfiabas de mí!

Pedro Entonces no.

Aur. ¿Y los recuerdas?

Pedro Sí. Mira yo quiero creerte buena, honrada, como siempre pensé que había de ser mi mujer. Nunca la ambicioné rica: eso no, pero que nadie tuviese que decirle, ni tanto

así, eso tampoco, por eso no había de pasar .. ¡Y ya ves! De ti habla la gente; a mí me compadecen todos... ¿Tienen razón, Aurora? ¿Están en lo justo?

Aur. ¡No! (Sordamente.)

Pedro ¿Por qué lo dices tan bajo? Grítalo, dímelo gritando, para que los dos nos convenzamos a la vez, que así hace falta que suceda. Tú te ves con el Juan Antonio todos los días.

Aur. ¡Mentira! ¡Mentira!

Pedro Es cierto. Anteayer entró de noche en esta casa y salió de madrugada.

Aur. No es verdad.

Pedro Sí, sí; le he visto yo.

Aur. ¿Que le viste tú?

Pedro Estaba escondido. Le vi entrar, quise seguirle; pero la puerta se cerró tras él y el condenado la atrancó por dentro. ¿A qué vino?

Aur. (Vacilando.) Vino...

Pedro (Dolorosamente.) ¡Ah! ¿Pero vino? ¿No me engañaron? Vamos, habla, di... Vino ese y le esperabas tú... ¿no es cierto?... ¿Le esperabas tú?...

Aur. No, no...

Pedro (Con ansiedad.) Cuenta, cuenta... ¿Por qué vino entonces?

Aur. (Dudando.) Vino...

Pedro ¿A qué? ¡Acaba!

Aur. Vino a llevarme y yo no fuí.

Pedro Sigue... sigue hablando... Dicen que la alegría daña como la pena y no es cierto... no es cierto... sigue... sigue... Vino a llevarte con él... Te llevaría a los pueblos grandes y allí no te buscaríamos ya... Te quedaste y es que me quieres, ¡y dicen que la alegría daña y no me mata en este instante!... Cuenta... cuenta...

Aur. Dormían todos, él entró...

Pedro ¡Espera! ¿Por qué entró? Si todos dormían, la puerta había de estar cerrada y atrancada por dentro... Tú misma estarías en tu cuarto... ¿Quién le abrió entonces? ¿Cómo pudo verte? (Oprimiendo con fuerza el brazo.)

Aur. ¡Me haces daño, Pedro!

Pedro ¡Contesta! Dime, cómo pudo entrar...

Aur. ¡Suelta, suelta!...

Pedro ¡No! ¡Habla!...

Aur. ¡No hablaré.

Pedro ¡Sí, sí!...

Aur. ¡No! ¿Qué importa que hable, si no has de creerme?

Pedro ¡Ahora no puedes callar! ¡Ahora he de saberlo todo! El vendría todas las noches; tal vez todas las noches le esperabas tú y... Habla, Aurora! ¡Oh! ¡Has de hablar! ¡Has de hablar!

Aur. ¿Qué vas a hacer?

Pedro ¿Tienes miedo? ¿Me tienes miedo? Yo también lo tuve estas noches de morir, sin lograr tenerte en mis brazos, como te tengo ahora, y saber que eras mía, mía de verdad... ¿A ver cuándo ese te abrazó con más fuerza?

Aur. ¡Por Dios, Pedro, por Dios!

Pedro Te aprieto mucho, pues no es nada. ¡Así abrazan los hombres! Eres mía, mía, Aurora, solamente del Pedro... pudiste elegir, te casaste con él y ya eres solo suya.. Mira cómo eres mía...

Aur. ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Me ahogas!

Pedro ¡No! ¡Te abrazo! Nunca te abrazó así el Juan Antonio. ¿Y tú querías dejarme por él? No te retorcías así en sus brazos, porque no te quería como yo... Eres mía, ¡mía! (La última palabra es casi un grito)

Aur. ¡Padre! ¡Padre!...

Pedro ¡Calla, calla!... ¡No grites... no grites!...

Aur. ¡Padre!

Pedro ¡Calla!... Si es una caricia!... ¿Por qué te espantas?

Aur. ¡Ay! Me ahogo.. ¡Suéltame! ¡Me ahogo! (Hace un esfuerzo desesperado y logra desasirse; está desmelenada.) ¡Al fin!

Pedro ¡Ah! (Intentando cogerla de nuevo.) ¡Aurora!... ¡Ven!... ¡Espera!... ¡Habla, habla!...

Aur. ¡No!... ¡No!... ¡Me das miedo!... ¡No!... (Huye perseguida por Pedro. Al llegar a la puerta por donde ha salido Juan Antonio, la traspone rápidamente y la cierra, haciendo girar la llave. Pedro empuja la puerta, la golpea, la araña, pretendiendo seguirla. Pausa. De pronto, en el exterior, se escucha un disparo de escopeta. Pédro se detiene, casi asustado, y camina como entontecido hacia la ventana.)

(Entran EUSEBIA y MILAGROS.)

Pedro ¿Qué ha sido?... ¿Qué?... (Se abre la puerta que cerró Aurora al salir, y entra el SEÑOR JUAN.)

Eus. ¡El fantasma!... ¡Es el fantasma!....

Juan ¡He sido yo! Maté al fantasma... Ahora le veréis... Allá fué el Antón...

Mil. ¿Le mató, señor?

Juan ¿No lo oyes? Le maté .. ¿Y Aurora? ¿Dónde está la Aurora? ¿Dónde está, Pedro?

Pedro Marchó... por esa puerta... ¡Marchó!

Juan ¿Ella?

(ANTÓN entra con el cuerpo de Aurora, que deja sobre el sillón.)

Juan ¿Qué?... ¡Aurora!... ¡Aurora!... No responde...

Antón Fué a ella a quien...

Juan ¡La maté!... ¿Eh?... ¿La maté yo?... ¡Hija!... ¡Hija mía!

Mil. ¡Jesús!

(Telón.)

FIN DEL DRAMA

Obras de Ramón Villarino de Saá

Egloga de amor.—Diálogo. 1911. (Agotada).

La última merced.—Comedia en un acto y en prosa. 1915.

Plantas de estufa.—Comedia en un acto y en prosa. 1917.

El pájaro negro.—Drama en tres actos y en prosa. 1917.

Piedras galayas.—Drama en tres actos y en prosa. 1918.

Precio: DOS pesetas